

Cop. 1.23

EL ARTE VOTIVO

* ANTROPÓLOGO JORGE DURAND

Memoria de la Benemérita Sociedad de Geografía
& Estadística del Estado de Jalisco
(agrupa boletines correspondientes a 1996)
Compilación de María del Pilar Sánchez Alfaro
Guadalajara, Jal., 1996

Un día de tantos, hace ya cuatro siglos, en Yauhtepec, actual Estado de Morelos, un alacrán de los que suelen abundar en aquella templada región, tuvo la osadía de picarle al dueño y señor de todas esas tierras, don Hernán Cortés, marqués del Valle.

La anécdota hubiera quedado en el olvido, como tantas otras de su aventurera y ajetreteada vida, si no fuera porque el conquistador, con el veneno dentro y con la angustia de no poder respirar, se encomendó a la Virgen de Guadalupe -la de Extremadura, España- ofreciéndole un exvoto si salía bien librado de semejante trance.

Como se sabe, Hernán Cortés no murió debido entre otras cosas, al milagro que le concedió la Virgen. Y él, fiel a una antigua tradición mediterránea, mandó elaborar, a orfebres de Azcapotzalco, un curioso y lujoso exvoto con cuarenta esmeraldas, dos perlas y engarces de oro, dentro del cual se hallaban los restos del alacrán. Con el tiempo el exvoto fue depositado en el Santuario de la Virgen de Guadalupe como muestra de acción de gracias.

Esta tradición de ofrecer exvotos por favores recibidos, nos viene obviamente de España. Pero también tiene raíces muchos más lejanas, antiguas y profundas. Era ya costumbre, entre los etruscos, iberos, griegos y romanos, ofrecer en sus templos figurillas de arcilla, madera o piedra con representaciones antropomorfas de pies, manos, ojos, cabezas, incluso órganos internos.

Estudiosos de la historia de la medicina han encontrado en estos exvotos anatómicos un arsenal de información que ha permitido inferir el conocimiento que la antigüedad tenía sobre el cuerpo humano, sus órganos y determinadas enfermedades.

Las ofrendas votivas también recibieron la atención de los etnólogos y los especialistas en la cultura

popular. Fue a mediados del siglo XIX cuando en Europa se despertó el interés de los coleccionistas y de algunos museos por conservar y recuperar exvotos como piezas representativas del arte y la cultura populares.

No obstante, entre la multitud de objetos votivos que podían conseguirse, lo que más llamó la atención de los expertos y coleccionistas fue una forma de ofrenda mucho más elaborada: el exvoto pintado, que tuvo su origen a fines del siglo XV, en la Italia renacentista con la renovación que supuso la pintura del Quattrocento, donde pudo cuajar esta nueva tradición religiosa y pictórica que muy pronto se extendió por la Europa mediterránea y luego se introdujo tierra adentro por la Europa continental.

En el contexto artístico europeo de esa época, los exvotos pintados tuvieron sus antecedentes inmediatos en tres tradiciones pictóricas: las pinturas religiosas, donde se escenificaban pasajes de la vida de Cristo y sucesos milagrosos; los cuadros de donantes, donde figuraba algún personaje de la élite al lado de una imagen milagrosa y la tradición popular mediterránea de pintar escenas marineras.

El exvoto pintado permitió introducir dos elementos nuevos en la ofrenda votiva que en los exvotos anatómicos quedaban implícitos: el personaje divino, es decir la imagen milagrosa y el personaje humano que ofrece el exvoto (*ibidem*). Además de personificar al donante, con nombre y apellido e identificar a la imagen milagrosa, permitió precisar con fecha y lugar el suceso y representar gráficamente el momento. En otras palabras, el exvoto pasó de la categoría de pieza arqueológica a pieza documental.

Muy pronto se hizo popular. A diferencia de los cuadros de donantes y algunas obras pictóricas con claro contenido votivo, que eran encargados a grandes

pintores por personas económicamente pudientes, el exvoto pintado, de menor tamaño y calidad, encontró una fuerte aceptación entre la gente común y corriente y, lógicamente, fueron realizados por pintores de segundo y tercer nivel o por artesanos que manejaban el pincel. Al desarrollarse como práctica de devoción popular, el exvoto empezó a multiplicarse y a extenderse por los confines de Europa y ultramar.

El exvoto en México

El primer exvoto pintado ofrecido en tierras americanas, del cual se tiene noticia, data de 1592; un siglo después del arribo de Cristóbal Colón a esa isla. Hace ya cuatrocientos años que don Isidro Alvarez encargó un exvoto a un pintor local para agradecerle a la Virgen de Higuey el favor recibido al haber salido con bien cuando se perdió en el mar.

Como en el ejemplo dominicano, la tradición del exvoto en México debió surgir con aquellos colonos que ya no tenían la posibilidad de regresar a su patria y prefirieron hacer sus ofrendas en estas tierras. Tiene que ver también con el tiempo que tomó edificar iglesias y santuarios y, sobre todo, con el surgimiento de una devoción popular.

La práctica inicial de los peninsulares devino en costumbre y se transmitió a la población americana. La élite criolla solía encargar a buenos pintores la hechura de cuadros de gran formato en el que se agradecía por un favor recibido. El museo de la Basílica de Guadalupe, por ejemplo, conserva un cuadro del siglo XVIII, de pintor anónimo, que representa el milagro que hizo la Virgen de Guadalupe al hijo de don Antonio Carbajal, quien se cayó de un caballo. Uno mucho más antiguo se conserva en la Catedral de San Luis Potosí, fechado el 31 de agosto de 1693; ahí se da constancia de la curación milagrosa de don Diego Acevedo, alguacil mayor de la ciudad, quien sanó de una grave enfermedad por mediación del Santo Cristo que se venera en ese templo.

El ámbito social que abarca el exvoto pintado se difundió con mayor intensidad entre la población criolla y mestiza. De ahí la amplia difusión de esta tradición en tierras occidentales, con una mayoría de población criolla y con una mayor influencia de la religiosidad

popular transmitida directamente por los colonos españoles.

Por el contrario, en tierras indígenas predominó la evangelización directa que si bien fomentó la danza, la música, la pintura y la expresión artística en general, no puso tanto empeño en difundir una tradición que no era de especial agrado para la iglesia oficial.

Varios indicadores dan cuenta de este predominio criollo y mestizo en la tradición del exvoto pintado. La vestimenta, elemento clave para determinar la composición social de la población, parece indicar que los indígenas no estuvieron involucrados en esta tradición. Por otra parte, la hechura o el encargo de un exvoto requería cierto manejo del español y del lenguaje escrito, lo que parecía excluir a este sector de la sociedad colonial.

Datar el inicio de esta práctica resulta más problemático que señalar su origen; sin embargo, se puede recurrir a una solución semejante a la que utilizó Cousin para determinar el origen del exvoto en el caso europeo; para él, un indicador claro de la difusión del exvoto en Italia a mediados del siglo XVI es un cuadro de Tiziano, realizado hacia 1570, donde figuran como parte de la decoración unos exvotos pintados.

Para el caso de México, son las estampas del belga Samuel Stradamus sobre la Virgen de Guadalupe, pintadas a principios del siglo XVII, las que dan el primer indicio de la existencia y difusión del exvoto pintado.

El trabajo de Stradamus –un original se encuentra en el Museo Frans Mayer– es considerado como la primera representación gráfica que se conoce de la Guadalupana. El autor representó no sólo la imagen milagrosa, sino el contexto en que está ubicada; al hacerlo dejó un legado de extraordinario valor histórico y documental. Allí figuran seis exvotos anatómicos de metal –lo que popularmente se conocen como milagritos– colgados del cortinaje: tres cabezas, dos piernas y una mano. Y en ambos lados de la Virgen aparecen cuatro exvotos pintados –ocho en total– de muy buena factura, sugiriendo que en aquella época el santuario estaba tapizado de retablos. Uno de ellos reza así: *La Gran Ciudad de México, Juan Pavón, sacristán de N. S. tenía un niño malo de postema en la garganta y untóle con aceite de la lámpara de N. S. y sanó luego sin más remedio.*

Por lo tanto, se puede afirmar que a principios del siglo XVII, la práctica del exvoto ya estaba ampliamente difundida. Lamentablemente no se conservan piezas de aquella época y sólo se tiene referencia directa de los ocho ya mencionados.

En la actualidad sólo se conservan exvotos de mediados del siglo XVIII. Se puede afirmar que, para aquella época, la costumbre de ofrecer exvotos ya era una práctica extendida y que los principales santuarios empezaron a ver sus paredes colmadas de cuadros votivos, colocados ahí por devotos y peregrinos. Es, sin embargo, durante el siglo XIX la época en que cobra difusión, sobre todo por la introducción de la hoja de lata que se hace popular como soporte pictórico.

Los exvotos mexicanos guardan con exactitud las características básicas del exvoto pintado de origen europeo: la presencia divina suspendida en el aire y apoyada en una guirnalda de nubes, la representación gráfica de lo acontecido o el protagonista arrodillado, en actitud de dar gracias y un texto explicativo, el cual describe de manera sucinta el suceso y aporta algunos datos.

Quizá la única gran diferencia radique en la longitud del texto. En los exvotos europeos la narración suele ser escueta y en muchos casos se omite y sólo figura la palabra *exvoto*, la fecha -año- y en ocasiones el nombre o las iniciales del devoto. Por el contrario, los exvotos mexicanos son ricos en información textual. La mayoría ofrece una narración sobre el suceso milagroso y además proporciona nombres, fechas y lugares.

Esta característica influyó de manera decisiva en la distribución del espacio pictórico. A diferencia de muchos exvotos europeos que se componen sólo de dos partes, una correspondiente a la imagen venerada y otra al personaje o al suceso, en México, el exvoto invariablemente está compuesto de tres partes; las dos señaladas anteriormente y una tercera, por regla general la inferior, dedicada al texto.

En cuanto a temáticas también hay semejanzas notables. La tipología que ofrece la obra de René Creux (1979), que clasifica los exvotos suizos y alemanes según temas: acción de gracias, enfermedad, catástrofe, guerra, fuego, caída, trabajo, animales,

podría ser utilizada sin mayores modificaciones para el caso mexicano. Tanto para el caso europeo como para el mexicano, el tipo de exvoto que tuvo mayor difusión fue el que se conoce como de simple acción de gracias. Es decir, aquel donde no se describe gráficamente el suceso y sólo figura la imagen y una persona arrodillada.

Existen también para el caso europeo, exvotos atípicos, que se salen de lo común por la inclusión o exclusión de ciertos elementos en la distribución iconográfica. Incluso en esos casos, según Cousin (1982) podrían considerarse como excepcionales, se dan notables similitudes con el caso mexicano. El exvoto familiar donde figuran en fila todos los miembros de una familia, sean diez o quince, se encuentra tanto en Europa como en México. El exvoto en el que se divide el espacio iconográfico en varias secciones -tres o cuatro- para indicar diferentes momentos, es utilizado ocasionalmente tanto en Europa como en México. De igual modo, aquellos exvotos en donde el donante elige varias advocaciones y las representa gráficamente en la parte superior. Finalmente también se encuentran, en ambos continentes, exvotos que omiten la representación divina y, según Cousin -para el caso europeo- son signo evidente del proceso de secularización en el que está sumida la sociedad francesa (1982).

La tradición de los exvotos de penitentes, es decir, aquellos que conmemoraban una peregrinación y que eran depositados en el templo por la cofradía o el grupo de peregrinos; o los exvotos colectivos que se llevaban en procesión después de alguna peste (Catálogo de la Exposición Exvoto & Penitente, 1987) es poco difundida en el caso mexicano. La excepción podría ser el cuadro de gran formato sobre la procesión de infantes con motivo de la peste del Cocolixtli, en 1554 (Colección del Museo de la Basílica de Guadalupe).

Hay también otras tradiciones paralelas. Tanto en Europa como en México se encuentran libros donde los fieles consignan milagros, lo que en la práctica viene a suplir la tradición del exvoto. En el Santuario dedicado al Beato Sebastián de Aparicio, en la ciudad de Puebla, los feligreses suelen colocar exvotos anatómicos, conocidos como *milagritos*, pero según

informes del sacristán, prácticamente no existe la tradición del exvoto pintado. Por el contrario, se ha desarrollado la costumbre de consignar los milagros en un libro grueso que está colocado en la parte lateral del altar principal. Allí se escriben textos de acción de gracias muy similares a los que se redactan en los exvotos pintados. Algo parecido sucede en la Capilla de la Noria, en la carretera Querétaro-México, donde los devotos, por lo general choferes de camiones y trailers, se detienen a rezar y a colocar imágenes de santos patronos de otros lados, presumiblemente de sus lugares de origen y a consignar en libros sus milagros, recuerdos y agradecimientos.

En otros casos se perciben preferencias grupales. Así como los marineros mediterráneos gustaban de llevar maquetas de sus barcos a los santuarios, en la época actual los pescadores de Tabasco suelen ofrecer y colgar del techo de las iglesias reproducciones de sus embarcaciones. De igual modo los camioneros, navegantes contemporáneos, suelen colocar ofrendas propias de su gremio en las capillas ubicadas en los bordes de la carretera. La capilla de la Noria, en la carretera Querétaro-México, por ejemplo, está decorada con centenas de señales de peligro -triángulos de emergencia- que brillan desde lejos al ser alumbradas por los vehículos que pasan por la carretera.

En síntesis: el exvoto europeo y el mexicano forman parte de una misma tradición, muestran la misma mano del pintor popular, la misma angustia ante el sufrimiento cotidiano y la misma devoción ante las imágenes milagrosas. Son lo mismo, pero están ubicados en tiempos diferentes.

Un siglo de distancia los separa, tanto en el inicio como en el final. Mientras en Europa la práctica del exvoto empezó a decaer a fines del siglo XIX y prácticamente se perdió en las primeras décadas del veinte, en México ha empezado a mermar en esta última década. No es que se haya entrado en un proceso de secularización en el cual ya no se realicen prácticas votivas, por el contrario, éstas se han multiplicado.

El exvoto sigue vigente, pero la representación gráfica pintada, el retablo al estilo tradicional, ha tenido que ceder ante el empuje de otras manifestaciones

gráficas modernas. La fotografía y, más recientemente, la fotocopia se han convertido en documentos testimoniales más convincentes y, sobre todo, de más fácil acceso.

El proceso de transición puede observarse en algunos exvotos pintados, que incluyen fotografías o imágenes impresas. Técnicamente se podría decir que se tratan de un collage, pero la tendencia va mucho más lejos; la evolución puede apreciarse, sobre todo, en los mismos santuarios que están repletos de papeles, cartas, fotocopias y fotografías.

Los retablos

En México, al exvoto pintado se le llama popularmente *retablo*. Palabra que no es muy del agrado de los historiadores del arte, porque se confunde al exvoto con los retablos clásicos, es decir, los altares con paneles pintados con escenas de la vida sagrada que eran, generalmente, realizados por verdaderos maestros.

Por lo menos desde el tercer cuarto del siglo XVIII ya era costumbre llamar a los exvotos pintados retablos, como se puede comprobar en los mismos textos que concluyen con la fórmula *se mandó hacer este retablo*. Exvoto fechado en 1776, o la solución más clásica: *En cuia memoria dedica a su Magestad este retablo (ibidem, fechado en 1781)*.

La acepción mexicana de la palabra retablo, para referirse al exvoto pintado, no es tan descabellada si se considera que los primeros exvotos pintados que se realizaron en Europa en los siglos XV y XVI, tuvieron como antecedente inmediato los retablos de las iglesias.

Pero la confusión va mucho más allá. De hecho, el término tiene tres acepciones, porque también se conocen como retablos las imágenes pintadas con santos de devoción popular. En este caso se dan coincidencias con el exvoto pintado: ambas tradiciones utilizan la lámina de hoja de lata como soporte pictórico, suelen ser de tamaños semejantes y estar realizadas por pintores populares.

En el occidente de México se entiende por *retablo* al exvoto pintado y por *lámina* a la imagen pintada. Aunque tengan puntos de coincidencia, de hecho son

dos tradiciones distintas. Una se inscribe en la práctica del exvoto europeo, de carácter votivo, que marcha un poco al margen del proceso de evangelización. La otra se inserta en la tradición pictórica de los copistas que fue fomentada ampliamente durante el proceso de evangelización y que fue utilizada como objeto de culto y devoción doméstica. Una de ellas, la de los exvotos, sigue viva y pujante, mientras que la otra hace varias décadas que dejó de practicarse.

La simbiosis y posiblemente la confusión provienen del hecho de que ambas producciones pueden provenir de la misma mano. Pintores populares consagrados, como Hermenegildo Bustos, por ejemplo, practicaron con profusión todas las modalidades posibles del retablo: el clásico; el altar de madera, que sirve como elemento decorativo y catequístico en las iglesias; el votivo, que se coloca en el santuario en acción de gracias y el que representa una imagen que sirve para el culto doméstico.

Y es que en México, a diferencia de otros países latinoamericanos, hubo un substrato popular que supo conjugar con maestría todas las modalidades pictóricas que se le ofrecían. Al igual que en la Italia renacentista, la llegada del exvoto a México encontró una tierra fecunda en imaginación y colorido.

Pero, al parecer, ésta no es causa suficiente. En el Perú, por ejemplo, donde también se dio un contexto sociocultural de alta inclinación artística, el exvoto pintado no encontró mayor eco, más bien se desarrolló y perfeccionó el exvoto de metal, obra de orfebres.

En Santo Domingo también predominó el exvoto de metal, con representaciones anatómicas y otros en forma de casas, camiones, barcos, animales o prendas de vestir. No obstante, en el santuario de Higüey, Santo Domingo, se conservan 16 exvotos pintados en madera y en forma de medallón, que son notables por su antigüedad y factura.

El caso de Santo Domingo no es excepcional; prácticamente en todos los países de América Latina existen santuarios donde se conservan y ofrecen algún tipo de exvotos. Es, sin embargo, la advocación mariana la que con mayor largueza recibe este tipo de ofrendas. A saber: la Virgen del Carmen en Chile, la de Luján en Argentina, la Virgen de los Treinta y Tres en Uruguay, la del Rosario en Lima y Guatemala, La

Aparecida en Brasil, Nuestra Señora de Coromoto en Venezuela, la Virgen de Chiquinquirá en Colombia, Nuestra Señora de Suyapa en Honduras, la Inmaculada Concepción en Nicaragua, Nuestra Señora de la Paz en El Salvador, la de Monserrat en Puerto Rico y la de la Caridad del Cobre en Cuba.

Como quiera, es México el país que concentra en sus santuarios y colecciones la mayor cantidad de exvotos pintados de que se tenga noticia. Sin exagerar, se podría decir que rebasa con largueza el millón: sólo en el Santuario de San Juan de los Lagos, en el Estado de Jalisco, se puede decir que existen decenas de miles.

Uno de los pocos catálogos de retablos que se han realizado en México afirma que, en 1924, en el Santuario del Señor de la Misericordia de Tepatlán, Jalisco, existían 1,052 retablos fechados entre los años 1923 y 1924 y que la mayor concentración (563) se ubica entre las décadas cincuenta y sesenta del siglo pasado.

La diferencia es notable si se compara con el caso europeo. En el censo realizado por Bernard Cousin, en la región francesa de Provençe, caracterizada precisamente por esta devoción, se llegaron a contabilizar un total de 4,016 exvotos, repartidos entre 128 capillas e iglesias y cinco museos. No obstante, dos iglesias, Nôtre Dame de Lumière, el más antiguo data de 1660, pero en cambio, carecen de actualidad al estar el siglo XX escasamente representado. Mientras el exvoto en Europa dejó ya de ser tradición y pasó a ser historia, en México la tradición del retablo sigue viva, pujante y cambiante.

Pero se podría decir que es una misma historia, que la continuidad del exvoto pintado desde su origen medieval y europeo hasta nuestros días es un mismo proceso, vivido a distancia y a destiempo. La presencia viva del exvoto en México es, en cierto modo, un reflejo de las necesidades y carencias de la Europa decimonónica, donde las precariedades del tiempo y las dificultades de la vida diaria resultaban ser determinantes y no banalidades; así parece confirmarlo la multitud de gente que cotidianamente se acerca a saludar a la Virgen de San Juan de los Lagos, uno de los santuarios más antiguos y predilectos de los mexicanos.

A primera vista quizá pueda parecer impertinente hacer un estudio sobre retablos, dado el carácter íntimo, personal y sagrado que conllevan. Pero los retablos fueron hechos para ser vistos; por eso se colocan en un lugar público; para que todos tengan acceso a ellos. Fueron pintados con sumo cuidado y cariño para difundir a los cuatro vientos las bondades milagrosas de tal o cual imagen.

Sin lugar a dudas en México se encuentran, en iglesias, santuarios y capillas, la mayor cantidad de

exvotos pintados de que se tenga noticia. Allí, arrumbados entre polvo y mugre, reposan cientos de miles de retablos que reseñan la historia gráfica documental del México devoto y popular.

Inmensa riqueza artística y documental, que cubre los últimos doscientos cincuenta años de vida colonial y republicana, está a la espera de un curioso lector, de un anónimo admirador, pero sobre todo de la mirada acuciosa del antropólogo, el historiador y, más que nada, de los cuidados del curador.